

lució su labor de apóstol y donde se reveló al entonces Presidente de la República, Don Valentín Gómez Farías, como excelente médico y gran ciudadano.

Llevado el Dr. Río de la Loza de su amor á la ciencia, de las prácticas profesionales pasó á efectuar estudios de un orden más elevado y cautivó su atención la Química, cuyos conocimientos difundió entre la juventud de aquella época é hizo aplicables á los trabajos científicos de la nación. Formaron legión sus discípulos en Química é Historia Natural, habiendo descollado el Dr. Río de la Loza en mineralogía, bótanica y zoología.

Grandioso ya su nombre como científico y con la aureola de sus vastos conocimientos, que le fueron premiados en parte con innumerables distinciones, Don Leopoldo, el Maestro, da la meta de sus cualidades de ciudadano y de patriota, inscribiéndose en el Batallón Hidalgo, para ir á combatir en las filas de sus compatriotas en ocasión de la nefasta guerra de 1847, exponiendo su pecho á las balas del enemigo en los campos del Peñón, Churubusco, San Antonio y otros.

Al frente de la Dirección de la Escuela de Medicina de México, el Maestro protesta cumplir y hacer cumplir las Leyes de Reforma y sus adiciones, acto éste de civismo que le valió la censura de algunos de sus contemporáneos poco resueltos á camitar de frente y en consonancia con el programa del Gran Partido Liberal.

Los trabajos incesantes del sabio, sus vigiliass y sus años le condujeron á la tumba el día 2 de Mayo de 1876, sellada por las lágrimas sinceras y ardientes de una generación entera que supo apreciar el valimiento del esclarecido espíritu del Maestro.

Los brillantes trabajos del Dr. Río de la Loza, que consignara en escritos llenos de erudición, han desaparecido como su autor, quien los juzgara indignos—según su propia expresión—de ser conocidos por los pósteros. Este rasgo retrata